

DOCUMENTOS

Dos opiniones sobre la Alianza para el Progreso

I. ¿ALIANZA PARA EL PROGRESO?

Por Stanley PLASTRIK

"Un plan de diez años, que será un vasto esfuerzo cooperativo, sin paralelo en magnitud y nobleza de propósitos, para satisfacer las necesidades básicas de habitaciones, trabajo, tierra, salubridad y escuelas de los pueblos latinoamericanos... transforma al año de 1960 en una década histórica de progreso democrático... cada república latinoamericana dueña de su propia revolución y de sus propias esperanzas y progreso... moviliza sus recursos, alista la energía de sus gentes y modifica sus normas sociales para que todos, y no sólo unos pocos privilegiados, compartan el fruto del desarrollo".—El presidente KENNEDY, marzo 13 de 1961.

"Los países de Latinoamérica están de acuerdo en dedicarse a repartir rápidamente una parte de sus recursos para su desarrollo económico y social, y en hacer las reformas necesarias para asegurar que todos compartan plenamente los frutos de la Alianza para el Progreso".—*Declaración de los Pueblos de América*, hecha a mediados de agosto de 1961, en Punta del Este, por la OEA.

"La Alianza para el Progreso es una formidable empresa... Los Estados Unidos literalmente están proponiendo una revolución que se realice voluntaria y democráticamente por medio de vastas reformas sociales y económicas. Lo que se requiere es la transformación de la sociedad latinoamericana, de su economía y de su sistema de gobierno".—Editorial del *New York Times*

"... Esta tarea consiste nada menos que en un esfuerzo por abarcar en 'una década de desarrollo' el proceso revolucionario continuo que ha durado casi dos siglos en Estados Unidos. Nosotros —los latinoamericanos y los norteamericanos— hemos emprendido la tarea de cambiar las instituciones políticas y sociales del sur del Continente, para satisfacer las decisivas necesidades de reformas agrarias, no sólo repartiendo las propiedades agrícolas, sino enseñándole a la gente a que haga productivas las tierras; para proveer de casas a millones de personas que viven en condiciones que pocos norteamericanos pueden concebir, y para vigorizar las economías rudimentarias y no diversificadas, y darles una dirección dinámica y regionalmente integrada".—TEODORO MOSCOSO, coordinador de la Alianza para el Progreso, *Sunday Times*, agosto 12 de 1962.

Al principio parecía que existían dos alianzas para el progreso: la primera rimbombante y retórica (véase arriba); la otra más limitada y práctica, con fines realistas con los que cualquiera podría estar de acuerdo, aunque criticándola. Ahora, en octubre de 1962, parece que no existe ninguna Alianza para el Progreso. Un gobierno que se ha distinguido porque entre sus palabras y sus hechos se interpone una gran distancia, parece que ha cometido ahora una equivocación mayor: infló y lanzó un globo que no pudo elevarse. Es fácil comprender que en el primer aniversario de la Alianza para el Progreso el coordinador Moscoso giró instrucciones de no celebrarlo, sino ponerse a reflexionar sobre ella.

Aparentemente, el estado del programa de la Alianza para el Progreso no parece tan malo como nosotros sugerimos. El 13 de marzo de 1961, el presidente Kennedy formuló su proposición inicial de emprender un plan de diez años "para habitaciones, trabajo y tierra, salubridad y escuelas"; ante los diplomáticos latinoamericanos reunidos, instó a las naciones latinoamericanas a que se prepararan a "modificar sus normas sociales". En agosto de 1961, la Organización de Estados Americanos (OEA) al reunirse en Punta del Este, Uruguay, adoptó formalmente el programa.

De conformidad con las declaraciones más optimistas, en febrero de 1962 Estados Unidos ya había invertido más de un billón de dólares en préstamos a largo plazo (50 años), en subvenciones incondicionales y otras formas de ayuda. Las inversiones se encauzaron a través de una complicada organiza-

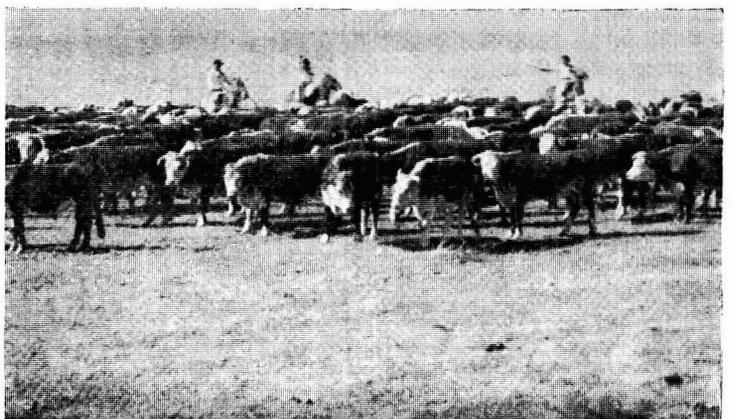
ción, que se supone que llegará a ser muy eficaz y eficiente; la Agencia Internacional de Desarrollo (AID); el Banco de Importación y Exportación; la Social Progress Trust Fund, administrada por el Banco Interamericano de Desarrollo; el Programa de Alimentos para la Paz y otras organizaciones, inclusive los Cuerpos para la Paz. El billón de dólares, dividido en un 87% en préstamos y en un 13% en donativos, se convirtió en la infra-estructura económica de las inversiones que se hicieron en habitaciones, carreteras y otras necesidades básicas de las economías subdesarrolladas. La retórica del optimismo prematuro afirmaba que, una vez dado el primer paso, los principales problemas de Latinoamérica se resolverían con relativa rapidez ante el alud de dólares y progreso. Estos problemas, conforme a la retórica del gobierno (no precisamente en este orden de prioridad) eran:

1. Castrismo.
2. Golpes militares a la manera moderna (Argentina, etcétera).
3. Inflación.
4. Sistemas económicos subdesarrollados.

En mejores condiciones posibles sólo se podía haber esperado principiar a solucionar estos problemas. Por ejemplo, en vez de los escasos 10 billones con que Norteamérica se proponía ayudar, cálculos más atinados indican que 100 billones es una cantidad más realista que se requiere para hacer mella eficaz en la pobreza latinoamericana. Sin embargo, el presidente Kennedy, al admitir el lento progreso del programa de la Alianza, se quejó de "la falta de fondos y recursos" de que disponía para el programa de ayuda al extranjero.

La pregunta está en pie: ¿Qué le pasó a la Alianza en tan poco tiempo? ¿Sufrió algún error básico en su concepción, o simplemente fue víctima de la burocratización y la tergiversación tanto de Latinoamérica como de Estados Unidos? ¿Existe alguna esperanza de que continúe su camino, si no en la dirección de sus objetivos retóricamente revolucionarios, al menos en un sentido limitado para hacer algún bien?

El resurgimiento de la crisis cubana, gracias a una provocación rusa bien calculada, ha revivido el tema de la Doctrina Monroe. El concepto de que Estados Unidos por derecho divino tiene privilegios especiales, responsabilidad y poderes sobre Latinoamérica, se resiste a desaparecer; de hecho fue esta idea la que desde un principio creó un equívoco en la Alianza para el Progreso. Nosotros debimos haber iniciado la Alianza con una renuncia clara y categórica, de una vez por todas, a la creencia en esta famosa doctrina. Deberíamos haber hecho borrón y cuenta nueva. No obrar así en la práctica ha significado que el programa para la Alianza resulte básicamente una continuación de la ruta histórica que la Doctrina Monroe representa: la relación entre el superior y los inferiores. Hacemos a un lado si el programa para la Alianza atiende acertadamente a las principales necesidades económicas de Latinoamérica (se puede alegar que las mejores condiciones de tratos comerciales para Latinoamérica residen más bien en el desarrollo de sus relaciones comerciales con Europa); lo que no puede olvidarse es que la Doctrina Monroe existe como una idea



"necesidades básicas de las economías subdesarrolladas"

fija. Existe hasta entre los dirigentes más demócratas del programa, domina al actual Congreso, se halla esparcida morbosamente entre los norteamericanos. Envenena las bases del programa.

Contrastan con lo anterior ciertos sucesos políticos que ocurrieron en Latinoamérica después de que se propuso el programa de la Alianza. Durante corto tiempo pareció que las desgracias de Latinoamérica iban a terminar (las juntas militares) y que las fuerzas democráticas estaban en movimiento. Entonces el surgimiento de la escuela comunista fidelista, aunada a la incapacidad de Estados Unidos durante el gobierno de Eisenhower para alentar los movimientos democráticos, le dieron a las fuerzas oligárquicas y militares un respiro durante el cual crearon nuevas técnicas para mantenerse en el poder. Argentina y Perú ilustran este inesperado suceso en 1962. Tanto durante el gobierno de Ike como en el de J. F. K., Estados Unidos se mostró incapaz de impedir este retroceso hacia un maligno y peligroso aniquilamiento de la vida democrática. En el caso de Perú, el contubernio entre la nueva junta militar que anuló las elecciones, y los intereses privados norteamericanos que se opusieron a la actitud inicial del gobierno de Kennedy, provocaron una de las más embarazosas retiradas en la historia de la diplomacia norteamericana. Un embajador norteamericano renunció, Estados Unidos se retractó en forma vergonzosa de su airada oposición inicial. (Estados Unidos reconoció a la dictadura peruana y le concedió del 60 al 70% de los préstamos ofrecidos.) Y así les reveló el secreto a los oligarcas de las repúblicas latinoamericanas de que no tienen nada que temer.

The New Republic publicó el 13 de agosto de 1962.

“Los militares que tanto odian al partido reformista de Haya de la Torre ¿permitirán elecciones y votaciones libres dentro de un año? Fue para evitar que gobernara el partido de Haya de la Torre (APRA) por lo que los militares se apropiaron del poder. La junta espera encontrar una manera de evitar que el APRA gane por segunda vez la mayoría del voto popular y del Congreso. Y para este objeto los militares en Perú estarán respaldados, como ahora, por los inversionistas privados norteamericanos... Otra vez podemos observar la labor de dos diplomacias: la oficial del gobierno de Estados Unidos, y la privada de los negociantes. Esto sucede en el Congo y en toda Latinoamérica.”

Sólo debemos agregar que Haya de la Torre y su partido aprista eran comúnmente conocidos como los que apoyaban en Perú la Alianza para el Progreso. La inversión de Estados Unidos en Perú es de 800 millones de dólares.

También podemos considerar la escandalosa historia de la leche en polvo (que era parte del programa de la Alianza para beneficio de los niños desnutridos) y que apareció publicada con detalle en la edición de mayo de la revista *Atlas*, la que, a su vez, la tomó del periódico *Estado de Sao Paulo*, de Brasil. Es la historia de cómo toneladas de leche en polvo beneficiaron a todos menos a los niños a quienes iba destinada, y cómo alcanzó precios de venta exorbitantes, y que sólo la podían obtener los partidarios de las autoridades encargadas de su distribución, las que estaban a punto de iniciar una campaña política de reelección. Estas historias pueden repetirse en muchos países.

En 1962, algunos dirigentes políticos importantes del gobierno observaron que había cierta confusión acerca de la Alianza que era necesario aclarar, para evitar que el programa fracasara antes de empezar. En su interior se preguntaban: ¿Qué es más importante, la ayuda de Estados Unidos o las reformas de Latinoamérica? Es dudoso que en esto consistiera el verdadero dilema de la Alianza; sin embargo, ahora existen aún mayores dificultades. Ya no podemos pretender que la Alianza es nuestra respuesta a la Revolución Cubana. En cambio, ahora la tendencia es degradar y desvirtuar la importancia de lo que ayer se pregona como el programa más atrevido e ingenioso jamás presentado por la diplomacia de Estados Unidos. En el preciso momento en que la Revolución Cubana ha entrado en una etapa de desintegración en que hasta los rusos deben actuar aun a riesgo de causar una provocación, en el momento en que la popularidad del fidelismo ha decaído en Latinoamérica más que en años anteriores, irónicamente Estados Unidos recurre a viejas tácticas y medidas: adopta una postura de rudeza y de amenaza hacia Cuba, de capitulación y adulación ante los militares y oligarcas, y nuevamente invoca la Doctrina Monroe, hace presión sobre los miembros de la OEA. Si esto continúa ¿quién recordará la Alianza para el Progreso dentro de un año?

—Dissent, Nueva York, otoño de 1962

II. DESTRUIR AL PULPO

UNA PROPOSICIÓN PARA COMPRAR BUENA VOLUNTAD
CON MENOS DINERO

Por Henri RABASSEIRE

Nos gustaría hacer una proposición que no resolvería los problemas de Latinoamérica, pero que salvaría un obstáculo para las buenas relaciones con el Occidente. El problema que obsesiona a los que dirigen la política de Estados Unidos (usando el lenguaje profesional) es la “imagen” que este país produce en la mente de los latinoamericanos. “La imagen”, desde luego, es una manera cortés de nombrar el odio. Nuestros dirigentes políticos, totalmente consagrados a imitar a los publicistas de Madison Avenue, desean fabricar una imagen que no tenga relación con la que hoy día existe en el pensamiento de la gente. Les gustaría crear la imagen de un hermano mayor, bueno y servicial, que casi sin egoísmo (o que quizá sólo piensa un poco en su propio interés) derrama dinero para la ayuda y la defensa de sus vecinos más débiles. Pero aunque triunfara, esta campaña no sustituiría a la vieja imagen de Estados Unidos por una nueva; sólo crearía una segunda imagen al lado de la primera. “El gobierno de Estados Unidos es bueno”, quizá se oiría decir, “pero por desgracia no puede hacer nada contra las grandes compañías norteamericanas que son demasiado importantes en Latinoamérica”.

La ayuda al extranjero no sólo es costosa en términos de dinero; es también arbitraria e implica un precio político. Hace responsable a Estados Unidos de condiciones que los planes de ayuda pretenden superar. Las contradicciones en las que cae la Alianza para el Progreso muestran qué difícil es sobornar por su propio bien a una clase gobernante. Así como un buen producto no puede salir al mercado a menos que la ganancia sea suficientemente “atractiva” para el distribuidor, nuestra ayuda al extranjero sólo llega a su destino después de que las clases dirigentes latinoamericanas obtienen su tajada. Lo que es peor, hemos caído en una situación en la que pueden apropiarse de la ayuda al extranjero para su propio beneficio, sin dar nada en cambio. La “imagen” que resulta es la de un gobierno norteamericano atrapado en una sucia intriga de los monopolistas que despojan y engañan a su pueblo y al nuestro. Esto no invalida, sino que refuerza la imagen original de Estados Unidos como asiento de las grandes compañías que explotan a todas las naciones del sur.

El dilema no consiste en si la imagen es verdadera o falsa, o quizá sólo parcialmente exacta. El problema estriba en que la imagen existe, y ahora la cuestión es encontrar el modo de romper el círculo vicioso que forma el dinero de la ayuda que eterniza en el poder a algunos y les da oportunidad de reclamar más ayuda. En verdad estamos pagando una especie de multa por culpa de las compañías que les pagan muy poco a los productores y nos cobran de más a nosotros, con lo que confirmamos nuestra complicidad en vez de negarla, o de tratar de arreglar la situación. La imagen de los Estados Unidos está firmemente ligada con esta situación; en vez de crear una nueva, deberíamos analizar en serio el origen y la naturaleza de la odiosa imagen que deseamos destruir.

Estas compañías son demasiado importantes; manejan las industrias principales, en especial las minas y las empresas de servicios públicos, y en la mente del público están asociadas con la noción de soberanía. También se les ha acusado de obtener demasiadas ganancias; y en verdad sí han sido capaces de prosperar reinvertiendo sus utilidades. Han llegado a crecer tanto, que gran parte del resto de la economía depende de su prosperidad. En algunos países su influencia política es enorme. Si buscamos una experiencia semejante en nuestro territorio, sólo tenemos que acordarnos de los imperios mineros y ferroviarios en el oeste semicolonial; las compañías eran llamadas “el pulpo” porque parecían haberse adueñado de toda la economía y haber reducido a los productores independientes a la condición de peones. Por fortuna, no fue éste el final de la historia. El poder del Pulpo se debilitó en parte mediante la acción política, y en parte a causa de la competencia. Cuando la economía del oeste se desarrolló y pudo “ponerse en marcha”, los monopolios fueron incapaces de mantener su poderío.

La idea básica de la Alianza para el Progreso es conducir a las economías latinoamericanas a un punto de desarrollo en donde los actuales monopolios carezcan de importancia. Es verdad que el Pulpo perdería su presa si un rápido desarrollo económico pudiera oponerse mediante la competencia. Pero el proceso no es automático. Puede ser que la economía no se desarrolle conforme a la competencia, sino dentro del marco de la presente estructura monopolista. La oligarquía compuesta

de nativos y extranjeros continuaría predominando y aun fortaleciendo su poder monopolista, y de seguro sucederá, a menos que los monopolios sean desafiados por la acción política. Los que planearon la Alianza para el Progreso se olvidaron de que en la actividad política norteamericana estaba el segundo ingrediente necesario para liberar la economía del oeste.

Hoy la acción política está dirigida contra las compañías y se reviste con una ideología antinorteamericana. Es natural, porque la oligarquía local encuentra un recurso en desviar la agitación hacia los norteamericanos. Es muy embarazosa la identificación de ciertos intereses económicos con la bandera norteamericana. Como sucede con las bases navales, estas compañías no representan "activos" sino "pasivos", asuntos que producen preocupaciones, que son trampas. El gobierno de Estados Unidos debería declarar que no defenderá por más tiempo los intereses comerciales de los ciudadanos norteamericanos en el extranjero, y que su prestigio no se verá comprometido, aunque sean nacionalizadas las compañías interesadas en azúcar, plátanos, minas, transportes y energía eléctrica.

Sería muy costoso defender sus intereses. (Tendríamos que pagar un precio político y financiero.) Podrían llegar a ser responsables de la pérdida de un aliado o hasta de una guerra. Los gastos militares para apoyarlos excederían al valor de las ganancias. Entonces ¿por qué no hacemos algo que nos resulte más barato? ¿Por qué no indemnizar ahora a los propietarios y librarnos de las propiedades que las naciones envidiosas y orgullosas de todos modos no permitirán que permanezcan más tiempo en manos de Estados Unidos? Hasta podríamos ganar crédito por realizar un bello gesto. Es mejor practicar la generosidad a que nos obliguen a ceder.

¿Cuál sería el costo aproximado de la operación? Castro ha expropiado bienes por valor de un billón de dólares. Las inversiones de Estados Unidos en otros países Latinoamericanos suman 8 billones de dólares; la mitad corresponde a industrias mineras y petroleras y a otros puntos vulnerables. Se supone que cerca de 4 billones de dólares es el valor de las propiedades que están en peligro de ser expropiadas durante los próximos diez años. Ésta es la parte que le corresponde a Latinoamérica de nuestra ayuda al extranjero en los próximos cinco años, a juzgar por las partidas del presupuesto y los programas. Si en vez de gastar este dinero en cinco años, nosotros amortizamos en diez la compensación de los propietarios, los contribuyentes saldrían beneficiados. La proposición es favorable para el público y para el gobierno; también lo es para las compañías porque no implicaría expropiación. El gobierno de Estados Unidos sólo necesita anunciar que no protegerá a las compañías norteamericanas en los litigios contra los gobiernos extranjeros; los negociantes podrían elegir entre varios modos de protegerse a sí mismos: adoptando normas nativas en sus negocios, vendiéndoselos a los gobiernos latinoamericanos, continuar trabajando en combinación con los gobiernos extranjeros, repatriando o reinvertiendo su dinero en cualquier otra parte. La condición esencial es el claro divorcio entre los intereses de Estados Unidos y los de las compañías, y devolverle realmente la soberanía económica a los países latinoamericanos.

—Dissent. Nueva York, otoño de 1962

Traducción de Carlos Valdés

EL CINE

Tennessee Williams y el cine

Por Emilio GARCÍA RIERA

En el transcurso del año pasado fueron estrenadas en México tres películas norteamericanas basadas en Tennessee Williams: *Primavera romana*, *Verano y humo* y *El dulce pájaro de la juventud*. Creo que en la proliferación de las adaptaciones del célebre dramaturgo hay mucho de sintomático.

Es evidente que la televisión le ha quitado al cine de los Estados Unidos un enorme público de niños y adolescentes. Tal hecho ha orillado a Hollywood a la disyuntiva de hacer "cine para adultos" o morir. Además, la competencia europea es cada vez mayor, lo que para los magnates del cine norteamericano se traduce en la sabia observación de uno de ellos: "Now, we must win the battle of sex." Pero la batalla del sexo ya no se libra con inofensivas *pin-up girls*; ahora se plantea en términos intelectuales, para emplear la misma fraseología de los cineastas norteamericanos. O sea, que ya no se trata simplemente de excitar al espectador, como en los buenos tiempos, sino de orillarlo a profundas reflexiones sobre la decadencia de una civilización, etcétera, a partir de su interés por las cosas del sexo. Hollywood enfrenta hoy el más serio de los problemas: el de hacer sentir inteligente al espectador.

Para eso, nada mejor que el buen Tennessee, cuya temática se asienta en un sistema de convenciones opuesto al del cine norteamericano tradicional. Ésa es la respuesta de Hollywood a la ofensiva europea de los Vadim, Bardot, Malle, Fellini: si antes los héroes de las películas eran completa y perfectamente normales, ahora serán completa y definitivamente anormales. Basta saber que una

película se basa en tal obra de Williams para que de inmediato su protagonista —Paul Newman, por ejemplo, que pudo ser un buen *westerner* en el Hollywood de antes— se haga sospechoso de alcoholismo, pederastia, impotencia, complejo de Edipo, etcétera. Y no digamos las señoras (las señoritas son inimaginables en el universo del dramaturgo): ellas siempre cargan con un pasado deplorable en el momento en que se asoman al espejo y empiezan a advertir en su rostro las huellas de una decadencia física que no es sino el reflejo y el símbolo de una decadencia peor, la moral.

Pero no es mi intención la de hacer una crítica a fondo del dramaturgo y escritor Williams (por lo visto, ya bastante desprestigiado) del que casi no conozco nada al margen del cine: las únicas dos veces que he asistido a representaciones teatrales de sus obras me he aburrido mortalmente. Lo que importa es ver, ahora que se ha puesto definitivamente de moda en Hollywood —cuando ya no está de moda en ningún otro lado— y se le emplea en la primera línea del combate por la conquista del "espectador adulto", si Tennessee Williams le ha dado al cine buenos o malos resultados. Puede adelantarse la respuesta: cuando ha sido un buen realizador el que lo ha adaptado, la cosa no ha resultado mal en la medida en la que el dramaturgo ha quedado reducido a un segundo plano; en cambio, los cineastas que lo han tomado demasiado en



—Un tranvía llamado deseo
"ellas siempre cargan con un pasado deplorable"